

Evangelizar es también promover la justicia

La iglesia es una comunidad de fe constituida por quienes han encontrado en el camino de Jesús y su seguimiento el centro de su vida. Es la comunidad de sus seguidores. En la iglesia funciona, entonces, una "lógica" muy peculiar. En su seno existen grandes diferencias en la forma práctica de recorrer ese camino de Jesús. Es una comunidad de fe en la que nos sabemos "pecadores", es decir, muchas veces movidos más eficazmente por nuestro propio egoísmo personal o institucional que por la entrega de nuestra vida al servicio de la construcción de un mundo justo y fraternal. De allí que en la Iglesia existan, muchas veces, las ambiciones, las reacciones orgullosas y hasta las zancadillas. Pero, también vive realmente el espíritu de fraternidad y justicia. La sinceridad de los esfuerzos de conversión de sus integrantes y la vivencia de los valores del "hombre nuevo" del Evangelio son tan reales como la presencia del "pecado".

Sólo desde esta perspectiva es posible entender muchas de las cosas que suceden en lo que algunos llaman "el mundo cristiano". Sólo desde esta base es posible tratar de explicar y entender las recientes medidas tomadas por Juan Pablo II respecto del gobierno de la Compañía de Jesús y la reacción de los jesuitas ante ellas. Cualquier intento de interpretación maniquea se hace necesariamente simplificador. Si se pretende ver —como lo ha hecho cierta prensa nacional e internacional— una lucha entre fracciones de la Iglesia en la que el Papa representa a los sectores más "retrógrados" y los jesuitas los más "avanzados" y explica las medidas papales como una "intervención" destinada a aplacar la "rebelión" de los jesuitas, lo que se hace es ocultar la verdad, pues no se enjuicia la situación desde los presupuestos de la comunidad eclesial. Es desde esa base que puede Juan Pablo II decir:

"La opinión pública, que quizás esperaba de los jesuitas un gesto dictado sólo por la lógica humana, ha recibido, con admiración, una respuesta dictada en cambio por el espíritu del Evangelio, por el espíritu profundamente religioso, por el espíritu de las buenas y auténticas tradiciones ignacianas". (Alocución a los Provinciales del 27 de febrero de 1982).

Quienes esperaban ver a un Papa encarnando algún tipo de espíritu restauracionista expulsando jesuitas levantiscos de la Orden y a unos jesuitas denunciando las maniobras revisionistas del Papa han quedado entre sorprendidos y frustrados al encontrarse ante un Papa que llama a la Compañía de Jesús a continuar su tradición histórica de ocupar posiciones de frontera en la vasta tarea de la Iglesia en el mundo, y desde esa perspectiva los anima a un examen a fondo del camino recorrido desde el Concilio Vaticano II hasta hoy; y al encontrarse, por otra parte, a unos jesuitas que atienden el alerta papal con profundo sentido autocrítico y expresan con toda libertad los aciertos y errores que se han dado en estos años en los esfuerzos por ser fieles a la misión encomendada por la Iglesia.

Así ha funcionado la lógica peculiar de la comunidad de fe eclesial en la que Juan Pablo II y los jesuitas nos sentimos vitalmente vinculados. La noticia es para nosotros la sacudida que significa el interés del Papa en que la Compañía de Jesús reflexione, examine lo ya realizado y se disponga a un esfuerzo mayor en la tarea de realizar históricamente una Iglesia que sigue los pasos de Jesús porque se pone al servicio de los hombres por amor.

En efecto, Juan Pablo II propone a todos los jesuitas que miren a lo mejor de su propia historia "como luces de orientación" de lo que hoy deben hacer "para promover lo que el Espíritu de Dios ha suscitado en la Iglesia con el Concilio Vaticano II". Y el Papa apunta estos rasgos:

"La Compañía de Jesús en efecto se ha distinguido siempre en su historia, a través de las múltiples y variadas formas de su ministerio apostólico, por la movilidad y el dinamismo que su fundador le infundió y la han hecho capaz de captar los signos de los tiempos y estar así a la vanguardia de la renovación querida por toda la Iglesia".

Son por demás significativos los ejemplos concretos mencionados por Juan Pablo II en su alocución: el original esfuerzo del Padre Matteo Ricci por hacer vivo el cristianismo en la ancestral cultura china y la complejidad de una evangelización integral como la de las "Reducciones del Paraguay" durante la colonización española en América:

"Aunque el objetivo primario de su misión era el de comunicar la fe y la gracia de Cristo, ellos se esforzaron por elevar el nivel humano y cultural de los pueblos en medio de los cuales trabajaban por promover una vida social más justa y más fiel a los designios de Dios, por lo que se recuerdan aún en la historia las famosas Reducciones del Paraguay".

Desde esa mirada a la historia es que el Papa renueva su encargo a la Compañía: "Pues bien, como ya les decía mi venerado predecesor, (Pablo VI) la Iglesia espera hoy de la Compañía que contribuya eficazmente a la aplicación del Concilio Vaticano II".

Quizás la mejor síntesis del espíritu del Vaticano II la podemos encontrar en las palabras del propio Pablo VI cuando al momento de su clausura, dedicó su memorable discurso a esclarecer y exaltar el valor religioso del Concilio. En el Concilio —dijo— la Iglesia ha sentido la necesidad de abrirse de par en par al hombre de hoy: "Tal vez nunca como en esta ocasión —continúa Pablo VI— ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio". La Iglesia que se entiende desde el evangelio en función del crecimiento del hombre: servir "al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades. La Iglesia se ha declarado la sirvienta de la humanidad...". Llegado a este punto se pregunta:

"Cuanto podríamos aún decir sobre el valor humano del Concilio, ¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antopocéntrica de la cultura moderna? Desviado, no; vuelto sí. Pero quien observa ese prevalente interés del Concilio por los valores humanos y temporales no puede negar que tal interés se debe al carácter pastoral que el Concilio ha escogido como programa, y deberá reconocer que ese mismo interés no está jamás separado del interés religioso más auténtico, debido a la caridad, que únicamente la inspira (y donde está la caridad está Dios)".

El impulso del Concilio es a entender la vivencia cristiana auténtica, la experiencia religiosa, como un amor eficaz que se hace servicio de liberación del hombre para hacer histórica la presencia del Dios vivo que da vida. Así lo expresa Pablo VI:

"Queremos más bien notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación cuando recordemos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos (cf Jn. 13,35), y cuando dejemos que resuenen en nuestras almas las palabras apostólicas: la religión pura y sin mancha es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y precaverse de la corrupción de este mundo (Sant., 1,27); y todavía: El que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve? (1 Jn. 4,20)".

La Iglesia latinoamericana tomó muy en serio ese espíritu conciliar y se volcó entera en la tarea de conocer y penetrar la realidad de nuestros pueblos. Las conferencias episcopales de Medellín (1968) y Puebla (1979) son la expresión de ese compromiso evangélico, renovado por el Concilio Vaticano II; con los rostros de Cristo vivo en la situación de injusticia estructural en que vive todavía la mayor parte de nuestros hermanos más cercanos.

El propio Concilio Vaticano II, como toda la tradición de la Iglesia reconoce el carácter carismático de la vida religiosa e invita a cada orden y congregación a hacer su renovación desde su propia peculiaridad. En ese sentido Juan Pablo II recuerda su historia a la Compañía y la invita a seguir su carisma y misión:

"Trabajando por renovar la vida espiritual de los fieles, la educación de la juventud, la formación del clero, de los religiosos y religiosas, la actividad misionera; esto lleva consigo catequesis, proclamación de la Palabra de Dios, difusión de la doctrina de Cristo, penetración cristiana en el campo de la cultura de un mundo que pretende establecer una división y una oposición entre ciencia y fe, actividad pastoral en favor de los pobres, los oprimidos, los marginados, ejercicio del ministerio sacerdotal en todas sus expresiones auténticas, sin olvidar los nuevos medios de apostolado de los que dispone la sociedad moderna, como la prensa y los mass media, perfeccionando la utilización que la Compañía ha hecho ya de ellos últimamente".

Especial énfasis puso el Pontífice en la dedicación de los jesuitas al trabajo de la reunificación de los cristianos, de la profundización de las relaciones con las religiones no cristianas y de la comprensión de las profundas raíces de la increencia en nuestro mundo contemporáneo y en el sentido más profundamente evangélico nos recuerda:

"Hay todavía un punto sobre el que quería llamarles la atención. En la acción evangelizadora de la Iglesia se siente hoy, con mayor urgencia cada vez, la necesidad de promover la justicia. Si se tienen en cuenta las verdaderas exigencias del Evangelio y, al mismo tiempo, la influencia que los condicionamientos sociales ejercen sobre la práctica de la vida cristiana, se comprende fácilmente por qué la Iglesia considera la promoción de la justicia como una parte integrante de la acción apostólica. Se trata de un campo importante de la acción apostólica".

En esta dirección tenemos que realizar nuestro típico servicio como sacerdotes de la Compañía de Jesús al mundo de hoy si queremos ser fieles a las directrices de Juan Pablo II, de sus predecesores, al espíritu del Vaticano II, al pueblo de los seguidores de Jesús, al Evangelio y al propio Cristo que nos invitó a hacernos cercanos a los demás hombres y movidos por el amor construir relaciones de fraternidad que significan la abolición de toda injusticia.